

15 de octubre de 2023 -- 28° domingo ordinario "A"

[Isaías, 25, 6-10a; Fil. 4, 12-14. 19-20; Mt. 22, 1-14](#)

Homilía

El profeta Isaías utiliza la imagen de un banquete para describir la salvación de los tiempos mesiánicos ofrecida a todos los pueblos. Del mismo modo, Jesús utiliza a menudo la imagen de un banquete de bodas en el Evangelio cuando quiere revelar el misterio de la historia de la salvación.

Reflexionemos un poco sobre el significado de esta imagen. En primer lugar, preguntémonos qué distingue un banquete de una comida cotidiana.

La primera diferencia está en la invitación. A un banquete no se va sin ser invitado. Es una comida festiva a la que una persona invita libremente a quienes desea. Los invitados son libres de aceptar, pero en cierto modo la invitación les obliga a revelar si son o no verdaderos amigos.

Es más, un banquete es una reunión de muchas personas. Para un anfitrión o anfitriona, elegir a los invitados adecuados es todo un arte. Por un lado, debe evitar reunir en la misma mesa a personas que posiblemente no puedan conocerse. Por otra parte, un banquete también puede ser una oportunidad para la reconciliación entre personas que tienen algo que perdonarse. También puede ser una oportunidad para forjar nuevas amistades.

La tercera característica de un banquete es que no es algo que se haga todos los días. Tiene que haber algo o alguien que celebrar: puede ser una llegada, una partida, un reencuentro tras una larga separación, una elección o una boda, como en el Evangelio de hoy, y así sucesivamente. Siempre es una ocasión para recordar algo que tiene una importancia especial para todos los que participan en ella.

Una celebración así implica un cierto compromiso por parte de todos. Al fin y al cabo, después de asistir juntos a un banquete ya no podéis permitirnos ser enemigos, aunque antes lo fuerais.

Un banquete también requiere una comida especial: algo realmente bueno y preparado con cariño, un festín para los ojos y el sentido del olfato, así como para el sentido del gusto. Lo que se come en un banquete no es simplemente para saciar el hambre.

Pues bien. Creo que es bastante fácil aplicar todo esto al banquete eucarístico.

Somos invitados del Señor Jesús, que nos ha recomendado que nos reunamos así en torno a la mesa en memoria suya. Se trata de algo mucho más importante y rico que la simple fidelidad a una obligación o la observancia de una regla. Es una oportunidad para que mostremos nuestro amor a la persona que nos ha invitado, sabiendo, además, que siempre estamos invitados.

El que nos invitó nos llamó de todas las partes del mundo para transformarnos en una comunidad, en una Iglesia. Nosotros, aquí reunidos, es esta llamada --y nuestra celebración diaria-- lo que, más allá de todas nuestras diferencias de ideas, opiniones y preocupaciones, nos convierte en una comunidad, en una Iglesia.

Estamos aquí reunidos esta mañana para celebrar algo, o más bien a alguien, juntos. Celebramos el misterio pascual de nuestra redención en Cristo. Queremos mantener vivo el recuerdo de Aquel que nos invitó, y escuchar de nuevo su mensaje.

Tenemos una comida especial, que es el cuerpo y la sangre de Cristo, el sacramento del amor de Jesús por nosotros y del amor que queremos tenernos los unos a los otros.

Todo esto requiere un compromiso por nuestra parte: el compromiso de vivir el mensaje que hemos recibido, y de manifestar hoy en nuestras vidas los lazos que se han restablecido o reforzado; el compromiso de transmitir la invitación a todos; y, finalmente, el compromiso de hacer posible que todos participen en este banquete.

Pero hay un último elemento de un banquete que es importante destacar: un atuendo festivo es esencial. Una persona bien educada no va a un banquete en vaqueros. En las invitaciones de personas que se consideran miembros de la alta sociedad, a menudo encontrarás la frase "se requiere vestimenta formal", o algo similar. Pero no creo que nuestra parábola trate de eso. De hecho, todos los que se reunieron en la plaza pública para llenar la sala del banquete no iban vestidos ciertamente para una boda. Creo que para comprender el significado de este elemento de nuestra parábola, tenemos que remontarnos a la parábola del hijo pródigo, en la que, cuando el hijo que permaneció fiel a su padre regresó del campo y oyó los frutos del banquete, no quiso entrar. La lección de la parábola de hoy es que no podemos participar en el banquete ofrecido por Dios a todos sus hijos e hijas si no tenemos un corazón festivo, si no estamos dispuestos a alegrarnos de que acoja en este banquete a todos los pecadores y a todos los pobres desgraciados como nosotros.

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Armand Veilleux